



Reflexiones sobre el Bicentenario

Roberto Cortés Conde (*)

Agradezco la invitación de la Bolsa de Comercio de Rosario y manifiesto mi agrado por estar en este recinto y en esta ciudad de Rosario, en cuya Facultad de Filosofía comencé hace 47 años mi carrera de docente como profesor de Historia.

Rosario tiene un significado económico, político y simbólico de enorme importancia, como también su Bolsa de Comercio, ya que fueron testigos de dos cambios fundamentales en la historia argentina. Uno, a fines del siglo XIX, el período de la gran expansión del cereal y del puerto de Rosario como su puerto principal, que sería un instrumento del gran desarrollo

económico de la Argentina contemporánea. Y otro ya al final del siglo XX, un cambio enorme, al que se le ha dado poca importancia: nuevas tecnologías produjeron innovaciones fundamentales en la agricultura, con la siembra directa y la semilla transgénica, que permitieron convertir de nuevo a Rosario y su región en el motor de crecimiento del país.

Creo que esta experiencia nos deja una enseñanza muy importante, que muestra la importancia de tener un compromiso con el futuro del país, un compromiso de trabajo y de esfuerzo. El país que tuvimos se construyó sobre el esfuerzo, el trabajo,

la capacidad de sus hombres, la de sus técnicos, la de sus intelectuales. Y eso es algo que hay que recuperar, porque si la Argentina tiene algún destino, ya no con pretensiones de gran potencia, pero sí de país serio como nuestros vecinos, va a ser basándose en el trabajo y el esfuerzo, que fueron valores fundamentales que nos enseñaron –por lo menos a la gente de mi generación–, hacia fines todavía de los años 30; valores que constituyeron la base del progreso de nuestro país y de sus habitantes.

Me voy a referir a una visión económico política de la evolución de la Argentina en

(*) Profesor emérito de la Universidad de San Andrés. Miembro de número de las Academias Nacionales de Ciencias Económicas e Historia.

el curso de estos 200 años. Como se pueden dar cuenta, es tremendamente difícil llegar a una síntesis muy profunda sobre la evolución de la economía, la sociedad y la política en la Argentina en un período tan largo en un espacio tan breve. Por eso, ofreceré aquí una serie de pantallazos, refiriéndome a cada uno de esos momentos con mis propias conclusiones, basadas en largos años de estudio sobre el tema.

Al comienzo de esta historia, que es la de la Argentina de 1810, cuando se dio la crisis de la monarquía en España que llevó a la formación del Primer Gobierno Patrio y después a la Independencia en 1816, las expectativas de los revolucionarios sobre el futuro de la Argentina –que se pueden leer en las obras de Moreno y de Belgrano, y que Mitre reseña en su historia de Belgrano–, se vieron frustradas.

En realidad, para los Hombres de Mayo el retraso de la Argentina respecto al ejemplo que tenían por delante, los Estados Unidos de América, tenía que ver con dos factores centrales, y esto ha sido repetido por la historiografía: el absolutismo español y el monopolio del comercio de España. Como lo sostenían Moreno y Belgrano, el libre comercio era, en definitiva, la salida para el progreso.

Pero no fue así, el país no creció, no entró en un proceso de estabilidad, de construcción del nuevo Estado Nacional. Pasaron cinco décadas de enormes conflictos regionales, de guerras civiles, de dificultades en la construcción de ese Estado, de enormes gastos militares en los que se dilapidaron recursos, rubro que hasta 1880 fue el más importante de los gastos que tenían los gobiernos. Este país parecía que no tenía arreglo.

¿A qué se debió eso?, ¿a qué obedeció esa divergencia tan grande entre lo que fue la sucesión del Estado colonial al Estado independiente en las colonias inglesas de América del Norte y lo que sucedió en el Río de la Plata y en general en las ex colonias españolas? Para explicarlo creo que la historia importa, porque ésta no empezó en 1810, sino que el problema se remonta a las características del régimen colonial. No sólo porque que no dejó oportunidad de autogobierno e hizo

más costosa su transición a un régimen independiente, sino porque creó unidades políticas enormes, extendidas en todo el territorio, con intereses heterogéneos, que después fueron tremendamente difíciles de gobernar.

Edwards Vives, en un libro sobre Chile, “La fronda aristocrática”, habla de Argentina y Chile y compara la homogeneidad de la sociedad chilena, que en ese momento era el Valle Central, con la extensión desmesurada del Virreinato del Río de la Plata. Eso tiene que ver con un hecho, que no dependió simplemente de la voluntad de los reyes, sino con que en las ex colonias españolas se descubrieron los centros mineros más ricos del mundo, en Méjico –entonces Nueva España– y en el Alto Perú –hoy Bolivia. Esto obligó a crear este imperio desmesurado que iba desde California y la Florida hasta el Biobío y el Río de la Plata; y a mantener unidades políticas que eran eficientes para que el rey de España controlara la renta minera, pero que más adelante, desaparecida ésta, fueron muy difíciles de gobernar.

Cuando se produjo la crisis política de la monarquía española en 1808 con la invasión de Napoleón, ésta se transmitió a las colonias; y estalla en 1810 la Revolución que establece el Primer Gobierno Patrio. Esto resultó en la quiebra del sistema integrado de la colonia, y con él el de subsidios entre las distintas colonias que permitían mantener esos gobiernos.

Básicamente, en el Río de la Plata, el gobierno de Buenos Aires, después el del Virreinato, vivió de los subsidios de la minería de Potosí. Cuando se produjo la separación del Alto Perú, en el Río de la Plata ocurrieron dos cosas. Primero, el paso de una sociedad basada en la minería, con un intercambio comercial importantísimo (todo el sistema de ciudades que se construyó sobre lo que actualmente es la Ruta Nacional 9, que vivió de la minería y de la plata, y tuvo un gran desarrollo comercial, con universidades, como la de Córdoba, que es la primera del país), a una economía pastoril, ganadera, primaria, mucho más rudimentaria. Además, se pasó de una sociedad bastante evolucionada a una más atrasada, con grandes espacios

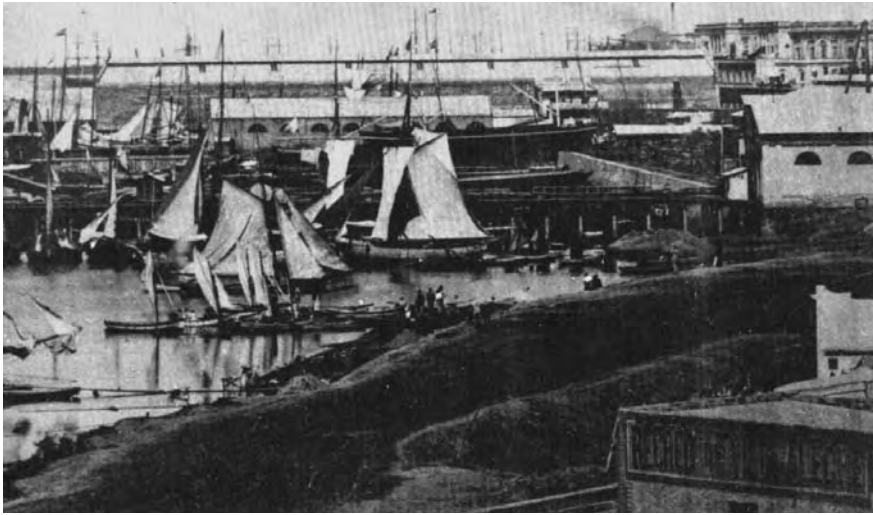
abiertos y donde era muy difícil mantener ejércitos ordenados, que aseguraran el orden y el monopolio del poder legítimo de la coerción, que es la base fundamental de todo Estado moderno.

Quiere decir que, a diferencia de lo que ocurría antes de la Revolución, debido a la desintegración empieza un problema que no tuvieron las colonias norteamericanas, donde cada una de las 13 colonias continuaron con sus asambleas locales, viviendo de sus propios recursos e impuestos que ya se cobraban en la época colonial. Lo que sobreviene en la época de la Independencia, una vez perdidos los recursos del Potosí, es una lucha de cinco décadas por la Aduana de Buenos Aires, que ni siquiera era tan rica como fuente de ingreso como la minería del Potosí.

Ello se explica porque los recursos de la Aduana quedaron, durante el mal entendido federalismo de Rosas, para Buenos Aires. A ésta tampoco le bastaron y, en determinados períodos, la provincia tuvo que vivir del impuesto inflacionario. Es decir, que el gobierno no contaba con recursos suficientes para establecer una administración ordenada y respetada en todo el territorio del país. Cuando éstos faltan, cuando no se pueden sostener ejércitos que impongan la autoridad central, aparecen otras fuentes y centros de poder más locales, aislados y limitados, que los detentan aquellos que poseen recursos en especie, hombres y caballos, que aseguran en un ámbito muy limitado el ejercicio de la autoridad, despótica pero efectiva.

Esto posterga el Estado Nacional por más de cinco décadas, con un retraso notable para el progreso del país. No hay datos sobre producción del producto entre 1810 y 1850. He tomado ingresos fiscales como un indicador alternativo y vi que, desde 1820 a 1840/ 1850, esos ingresos fiscales en vez de subir habían declinado. Es decir, si un país crece, los recursos fiscales crecen también, sobre todo si no se modificó el régimen impositivo que en aquella época se basaba fundamentalmente en los impuestos a la importación.

El país vivía en crisis, permanentemente en guerras, y dilapidaba los recursos en eso. ¿A qué se debió?, ¿por qué el



comercio libre no dio las oportunidades que los revolucionarios pensaban? La tecnología de entonces no hizo posible que la Argentina ocupara el lugar que ocupó después en los mercados europeos. Sólo pudo alcanzarlo con los cueros, mientras que Estados Unidos en el siglo XIX sería el país proveedor de Inglaterra de la base de la materia prima de la Revolución Industrial, el algodón. La expansión económica norteamericana es tremenda. Por otro lado, estaba más cerca del mercado británico, con costos de transporte más bajos.

El problema era que teníamos ese país que veía Sarmiento, el país donde el desierto había ganado a las ciudades; y ese país de extrema pobreza no podía asegurar los recursos suficientes para mantener un Estado que garantizara el orden.

Hacia mediados de siglo, ya algunos, como Alberdi y Sarmiento, vieron que había una nueva tecnología que podía terminar con ese drama argentino que era el desierto, que frustraba los intentos de progreso: el ferrocarril y el barco a vapor. Pero, para construir ferrocarriles que posibilitaran el traslado de la producción de las tierras argentinas a Europa, había que asegurar que entraran capitales y mano de obra, en un país que era escaso de población. Era necesario un marco jurídico que diera garantías a las personas y a los capitales.

En el Sistema Económico y Rentístico, Alberdi dice que el país tiene que cambiar, y que lo hará si logramos unirlo por ferrocarril. Mientras no existió, no hubo forma

de cubrir los enormes costos de transporte. El historiador Juan Álvarez, en su libro sobre las guerras civiles argentinas, calculaba que en 1870 el costo por tonelada/kilómetro del ferrocarril era 1,40, por vía fluvial 1,70 y por carreta 7 pesos. El país no podría desarrollar la agricultura que después tuvo sin un cambio tecnológico.

Fueron dos las condiciones del progreso: el cambio tecnológico y el marco jurídico. La Constitución Nacional dio garantías para que vinieran esa enorme cantidad de capitales. En la primera década del siglo XX el porcentaje de inversión llega a un 40 ó 50% respecto al producto. El esfuerzo que se hizo con el ferrocarril fue enorme, pero el fenómeno de capitalización no se limitó a eso, se construyeron puertos e infraestructura, que permitieron el gran despegue argentino basado en esa tecnología. Se aseguró un sistema institucional, un sistema jurídico que dio garantías a las personas y los capitales, para que cada uno pudiera vivir libremente, gozar del producto de su trabajo, ejercer toda industria lícita, practicar su propia religión; un país que se secularizó con una rapidez enorme con el matrimonio civil, con el registro civil, y se abrió a “todos los hombres del mundo que quisieran habitar el suelo argentino”. Esa Argentina, que llega a 1910, es la que de algún modo la gente que tiene mi edad sintió que era la Argentina que heredábamos.

Aquí corresponde una reflexión sobre la historia. Creo que una comunidad nacional es un conjunto de personas que comparten experiencias comunes en el tiempo y en el espacio. Todo lo

que hicieron nuestros antepasados o los antepasados de otros en este país que vivimos, nos afecta. Lo que estamos haciendo nosotros afectará a nuestros hijos y a nuestros nietos. Ninguno de los habitantes del país puede estar absolutamente aislado, ajeno a lo que está pasando.

Somos herederos, por ejemplo, de un sistema de educación pública que fue excelente, aunque no sé si se podrá decir lo mismo en los próximos 10, 20 ó 30 años. Porque esa Argentina no sólo fue exitosa en sus aspectos económicos, sino que tuvo algo quizás más importante, un progreso enorme en la educación. En el primer censo nacional, en la presidencia de Sarmiento, en 1869, había un 80% de analfabetos; en 1920 se había reducido a 30%. El número de enrolados en las escuelas primarias creció en la Argentina mucho más que en los países europeos en ese mismo período; y el presupuesto para educación creció más que el crecimiento de la población, que era enorme en un país que recibía inmigrantes. Es decir, había un plan para cambiar el país, para modernizarlo, donde la educación iba a ser su aspecto fundamental.

Entre otros aspectos sociales importantes, en el trabajo de la Dra. Francis Korn se ve sobre cómo los sectores de bajos ingresos accedían a una vivienda propia, lo que es un indicador indudable de movilidad social; y los de Zimmermann respecto a que la salud pública se encontraba en niveles similares al de los países de Europa. Frente a todo esto, en las discusiones recientes sobre el Bicentenario se ha dicho sobre el Primer Centenario que en realidad había una enorme desigualdad social, que había grandes tensiones sociales. En un artículo del diario La Nación, yo discutí estas cosas, que se dicen sin conocer los datos. Si uno ve lo que efectivamente pasó, los salarios argentinos eran prácticamente el doble de los italianos, y habían crecido entre 1880 y 1914 al 1% por año, lo cual acumulado daba bastante más. Obviamente, había tensiones sociales; pero eran mayores en el mundo desarrollado antes de la Primera Guerra Mundial. Fue un período de enorme actividad política y social; y está probado en los estudios sobre los conflictos sociales en Europa, que en los países que económi-

La educación no sólo es la base para que la Argentina sea un país más eficiente, sino un país más equitativo. A la larga, no se puede asegurar una mejor distribución de ingresos y mejores salarios reales si no se aumenta la calidad de trabajo; y esto depende de la educación. La educación es una de las asignaturas pendientes en este Bicentenario.

camente estaban más adelantados había más tensiones sociales.

Llegando al Primer Centenario, la Argentina, que siempre vivió afectada por los cambios en el mundo –la expansión comercial europea y la Revolución Industrial–, a partir de la Primera Guerra Mundial se encuentra con un shock externo que no comprende, pero que tampoco comprenden la mayor parte de los países del mundo. Esa Argentina, que había logrado integrarse, que había logrado avanzar en la educación, que había traído inmigrantes, etc., se encuentra de golpe con cambios notables en el mundo. Un retroceso, con reacciones proteccionistas, intervención del Estado, militarismo, nacionalismo, odio a los extranjeros, que serán los problemas que empezarán a afectar a la Argentina después de la Primera Guerra Mundial.

El aislamiento se generaliza en el mundo. Y ahí vienen las reacciones nacionalistas y antimodernas; básicamente, lo que vamos a tener al fin de la Primera Guerra Mundial, en la Argentina como en Europa y en Estados Unidos, son reacciones antimodernas. El mundo había progresado demasiado rápido, ya no se comprendía bien; y entonces se buscan simbologías que privilegian épocas pasadas que serían mejores y se desconfía mucho de lo que hasta entonces se pensaba que era el progreso.

Ésa es la Argentina que vamos a tener entre la Primera y la Segunda Guerra Mundial, pero es una Argentina que no llega a los extremos de Europa, con países totalitarios, guerras y conflictos, aunque ideológicamente y en términos políticos y económicos cada vez más afectada y desconfiada. En Europa, este período entre la Primera y la Segunda Guerra fue de declinación económica, y en Argentina también.

Después de la Segunda Guerra Mundial se produce en Europa un fenómeno

completamente distinto: vuelven los países al comercio, a integrarse en el mundo y crece la economía de una forma notable. La Argentina, después de la Segunda Guerra Mundial y hasta 1970, que es la época dorada del mundo, crece bastante menos que el resto. Y, lo que es peor, continúa con las mismas restricciones de política económica y con aislacionismo, proteccionismo y un atraso enorme en los sectores agrícolas, debido a las políticas de tipo de cambio que castigaron al sector. En el sector industrial, los estudios nos hablan de que, hasta los '50, desde la Segunda Guerra Mundial, la industria quedó tecnológicamente muy atrasada. Recién con Frondizi, con una inversión en maquinarias, una concentración de capital, se logra un mayor progreso industrial en la década de los 60.

Pero tenemos un país que se aísla, se desacelera y se queda con una productividad muy baja. Eso fundamentalmente pasa en la agricultura, en un país que no origina suficiente cantidad de divisas porque está castigado por un tipo de cambio desfavorable, políticas de proteccionismo negativo que hacen que las exportaciones argentinas que en 1928 habían llegado a 1.000 millones de dólares corrientes, en 1963 –salvo los dos años de fin de la guerra, del 1946 al 1948–, llegarán a no más de 1.000 millones de dólares corrientes. Es decir, de 1928 a 1963 no se pudo pasar la barrera de los 1.000 millones de dólares corrientes. Recién en los años '60 empieza de nuevo una reactivación importante en el sector agrícola. Pero, después, de 1974 a 1989 se produce un período de crecimiento negativo y retraso tecnológico.

Esto va a cambiar en los años 80, en los años 90, y fundamentalmente en el sector agrícola; y no sólo porque aparece China, el progreso aparece desde aquí, desde el lado de la oferta, con innovaciones tecnológicas la posibilidad de que la producción Argentina encuentre un lugar en países que demandan alimentos y que no prote-

gen su propia producción. En ese aspecto, la Argentina hoy está en la frontera de la tecnología mundial. Creo que ese ejemplo tiene que ser repetido en los sectores industriales, lo que ya se empezó a dar en el sector automotor, en el de maquinaria agrícola, y en otros.

Argentina tiene una reconversión notable, no puede confiar en el proteccionismo para desarrollar su propia industria; lo tiene que lograr no sólo exportando más valor agregado, sino más valor agregado de trabajo de calidad. Los argentinos no están conformes viviendo con los salarios de los obreros chinos. Para competir en otros rubros que no sean aquellos en que los chinos producen a costos muchísimos más bajos, tenemos que exportar calidad de trabajo; y esto supone que hay que hacer un esfuerzo notable en la educación, en la educación técnica, para asegurar los miles de jóvenes que están sin ninguna experiencia laboral. Hacer algo como se hizo en Alemania, llegando a acuerdos con gobiernos y empresas e incorporar a esta gente que hoy en día está en una situación de marginamiento enorme, de exclusión social, que no sabe trabajar, a incorporarse al mercado de trabajo con mejores conocimientos.

La educación no sólo es la base para que la Argentina sea un país más eficiente, sino un país más equitativo. A la larga, no se puede asegurar una mejor distribución de ingresos y mejores salarios reales si no se aumenta la calidad de trabajo; y esto depende de la educación. La educación es una de las asignaturas pendientes en este Bicentenario. La otra es que requiere que haya seguridad, que haya confianza, e implica la necesidad de vivir bajo el régimen de la ley. Los argentinos pasamos por situaciones de emergencia que nos hicieron ir alejándonos del régimen de la ley, fuera de las normas. Es un país anómico. Para progresar se requiere, y ésta es la otra asignatura pendiente para este Bicentenario, que todos cumplamos, empezando por el gobierno, estrictamente con la ley.